

Tito y el desafío que significó Girón

| Juanita Perdomo Larezada

Ni cuando se alzó a los 16 años, ni con las tropas del Segundo Frente Oriental Frank País, ni en la lucha contra bandidos. Nada supera la experiencia de Girón. Nada, ni siquiera los días en el Congo y Angola. Abril de 1961 sigue estando en la memoria de Reynerio Álvarez Carrazana como el combate que más lo desafió.

“Teníamos varios elementos en contra. Una zona desconocida para nosotros, una sola vía disponible para avanzar, la carretera de Pálpite a Playa Larga, con la desventaja, además, de que el enemigo había ocupado posiciones y nos superaba en la cantidad y calidad de las armas”.

En la sala de su casa, en la céntrica ciudad de Matanzas, el Tito de Oriente acredita con una medalla y un certificado su participación en la épica batalla. En el cajón donde tanta historia habita, apenas caben los reconocimientos al hombre que también sobresalió en la trinchera del trabajo.

Al vanguardia de 17 zafras azucareras, al ejemplar empleado y dirigente de la empresa de ómnibus nacionales, el único centro donde laboró después del triunfo de la Revolución, mucho le costó vestir el traje del Ejército Rebelde.

Cuenta que cuando subió a las lomas, la reacción de los jefes fue devol-



“Unas veces como combatiente, otras como trabajador, siempre he dado lo mejor por el bien de la patria”. | foto: Noryis

verlo al llano, “porque ese niño está muy chiquito para andar entre hombres”. Pero Tito disimuló la molestia y sin que nadie lo notara se arrojó al fogón... Horas después todos tuvieron evidencias de que él cocinaba mejor que el otro cocinero.

Nadie sabía entonces que a los 14, 15 años, Reynerio preparaba platos en la compañía norteamericana maderera, asentada al oriente de la isla. “En la ne-

cesidad de ganarme unos pesos nació mi amor hacia cualquier cosa que he hecho en mi vida. Ah, pero después de ganarme un puesto entre los rebeldes, dejé la comida en manos de otros..., ahora solo cocino en mi casa”, dice, mientras abraza a su esposa Inés.

La noticia, el silencio, la victoria

Cumpliendo su turno de guardia en la casa de Fidel estaba cuando él y los miembros de la Columna Especial número 1 recibieron la misión de ir a la Ciénaga de Zapata. En breve llegaron a Matanzas.

Mientras los camiones se arrimaban al central Australia, recuerda, el ambiente se iba poniendo tenso. “Hubo un silencio raro, de esos que te enfrían el alma. No era miedo, era la sensación de rozar el peligro”.

Ya en la Comandancia, Harold Ferrer Martínez, al frente de ese grupo de infantería, les aseguró que “la cosa está fea, pero será una acción gloriosa. No podemos dejar morir la patria”, algo así nos dijo, o al menos yo lo entendí de esa manera.

“Lamento los hermanos que vi caer, la sangre derramada y tanto como eso, aguantar la rabia y respetar la integridad física de los mercenarios. Ni un trompón les podíamos dar. Fueron órdenes de Fidel, una ética de trato al enemigo típica de la Revolución cubana”.

La indisciplina que nadie supo

Repasando bien los sucesos de Girón, ahora sí Reynerio está convencido de haber cometido una indisciplina cuando aquel día de abril la curiosidad lo llevó a escaparse del grupo. Él y otro compañero echaron a correr todo lo rápido que pudieron, hasta arrimarse donde el buque Houston había quedado encallado.

“La curiosidad me mataba, quería ver los impactos de los últimos cañonazos lanzados por Fidel desde el cañón autopropulsado SAU-100, luego de que lo intentara con un tanque T-34, acciones que tuve la suerte de presenciar.

“Vimos un montón de peces rondando el lugar, entonces, entre el temor y la desconfianza, subimos a las partes que quedaban del buque, queríamos llevarnos de allí las armas que imaginamos había, mas, no encontramos ninguna”.

Y en la sala de su casa queda el combatiente de muchos tiempos, el trabajador ejemplo, el niño que el 6 de enero de 1941 nació en Piloto del Medio, donde mismo 17 años después Raúl Castro Ruz constituyera el Segundo Frente Oriental Frank País, un orgullo que Tito lleva como charreteras, prendidas al uniforme verde olivo que aún se resiste a guardar.

La Ciénaga de Zapata regala relatos, paisajes y gente apasionada por su tierra y por su historia

| Gretel Díaz Montalvo

El mangle, los humedales, el carbón, el fango... la gente, ya no son los mismos de hace 54 años. La Ciénaga de Zapata, con su peculiar forma, no es aquella de pueblo nómada que huía de las aguas, de carboneros con una vida animal, ni de cenagueros incultos y pobres. Esta tierra dejó atrás la condición de ser la más olvidada, para convertirse en “niña mimada” de Cuba, tras el triunfo de la Revolución en 1959.

Amado, disfruta el cambio, pues lo vivió en carne propia; mientras, Pedro hace historias para demostrar la evolución, con simples comparaciones de lo sucedido años atrás en esas tierras; pero ambos están enamorados de ella y conocen que la Ciénaga de Zapata no siempre fue así de iluminada, moderna y cultural.

Hijo del mosquito

Cada callo de la mano de Amado Moreira Urra cuenta de esa vida dedicada a la difícil tarea de hacer carbón. Su sangre trae enraizado ese diamante negro, que servía para la sobrevivencia de su familia.

El zapato de Cuba

“Este trabajo es muy esclavo —comenta Amado— me ocupa casi las 24 horas del día, pero por suerte se ha modernizado. Ahora uno tiene herramientas para cortar los árboles, tractores para mover el producto y te sientes bien pagado por lo que haces, aunque yo no conozco otra profesión en la que trabajes tanto”.

Y es que Amado ahora se agota en el campo, pero, con la variante de la venta directa del carbón, ve en el bolsillo el sudor y el tiempo empleado, por lo que lo hace con pasión. “Antes del triunfo de la Revolución —recuerda— aquí

se tenía una vida esclava, te explotaban y te pagaban una miseria. Mi familia siempre fue carbonera, pero después de 1959 todo cambió completamente para nosotros”.

En consonancia con las necesidades del país este cenaguero, además, contribuye a la alimentación de la zona con la cría de animales, el aporte de leche a la industria, y vela por la reforestación del bosque que tiene alrededor de su casa.

Pero, ¿y el futuro? ¿Y los deseos actuales de prosperar en una ciudad moderna? Rotundamente señala: “Mi nieto

Mateo de 12 años ya se ha interesado en hacer carbón, por lo que el futuro está garantizado. Pero irme de aquí nunca, he tenido oportunidades miles de irme, hasta del país, pero no me gustaría porque soy hijo del mosquito”.

El pasado es el presente

“Todo lo que hay en la Ciénaga es obra de la Revolución”, asegura Pedro Amaury Santos Llandía, director del memorial dedicado a la cena que tuvo Fidel con los carboneros en Soplillar, el 24 de diciembre de 1959, cuando les narra lo sucedido a los visitantes que llegan a este sitio.

Al parecer, en el medio de la nada, y gracias a la ayuda de Alexis Leyva Machado, Kcho, hace tres años y unos meses, se alza una réplica de aquel suceso que conmocionó a la población “como una estrella que viniera a cambiarle la vida”.

Las casas de los campesinos que allí vivían se reconstruyeron, imágenes tomadas en aquel entonces adornan las humildes moradas y algunas de las pertenencias de aquellas familias, donadas por descendientes, se exponen como recordatorio.

Según Pedro, “el objetivo de crear este lugar es



Pedro Amaury Santos Llandía, director del memorial en Soplillar, gusta de conversar sobre la antigua Ciénaga de Zapata. | fotos: Leandro Armando Pérez Pérez



Amado Moreira Urra ha sido carbonero de la Ciénaga de Zapata durante toda su vida.

para recordar el hecho histórico que sucedió aquí. Pero también es un proyecto cultural que permite trabajar con los niños en la formación de un pensamiento martiano y en su educación, gracias a la biblioteca que tenemos acá, con libros que no aparecen ni en la cabecera provincial”.

La explotación, la miseria, el hambre... son historias del pasado que cuenta casi todos los días Pedro, allá en Soplillar, y recuerdos casi transparentes de Amado en Pálpite. Aquella tierra de nadie hace años, hoy es tierra de muchos que sienten suyo cada pedacito.